

Las ideas-fuerza

Hugo E. Biagini

El paso del tiempo

Una centuria atrás, a fines del siglo XIX, escaseaban las reservas metodológicas para juzgar los acontecimientos contemporáneos y las creencias o procesos en gestación e insuficientemente decantados. En esa época, no se cuestionaba a fondo, como hitos meramente convencionales, la misma idea de siglo y su proclamada finalización. Tampoco se evidenciaban excesivos pruritos para predecir el futuro ni para dejar librado dichos pronunciamientos a las generaciones ulteriores, debido quizá al alto grado de certidumbre que aún subsistía en cuanto a la marcha de la historia y al destino eventual del hombre.

Una visión cuasi idílica efectuaba la apoteosis del presente, de las conquistas y maravillas de la centuria. El universo entero estaba encaminado hacia un desenvolvimiento gradual, permanente y armonioso. Es la victoria del espíritu analítico proveniente del siglo XVIII pero que se torna más constructivo por el giro impreso al desarrollo científico y a la experimentación, los cuales dan lugar a verdaderos prodigios: el vapor, la electricidad, el teléfono, las vacunas, la fotografía, la radiología. Al despegue de nuevas disciplinas como la termodinámica o la bacteriología se añade la consolidación de la física y la biología. Todo parece sujeto a inexorables determinaciones naturales, incluso las artes y las mismas humanidades. Bajo esa óptica no sólo se refuerzan las posturas agnósticas y materialistas sino también aquellas que optan por otras vías suprasensibles, como los partidarios del espiritismo, amparados en las revelaciones sobre el magnetismo, los fluidos y los fenómenos hipnóticos. En suma: «la ciencia es la gloria, la fuerza y la alegría del siglo XIX (...) ha descifrado los enigmas (...) ha explorado todos los campos» (Becher). Por otra parte, la instrucción obligatoria, el maquinismo y la aplicación de las ciencias se encargaron de eliminar todas las calamidades y opresiones, desde la pobreza y la ignorancia hasta las clases y las fronteras. A la luz de los actuales planteos en torno a

la informática y la globalización, tales postulados tecnocráticos adquieren un sugestivo aire de familia. Según aducía el transterrado Francisco Grandmontagne, la rapidez locomotriz y contemplativa del tren y el cinematógrafo permite respirar el aire de todos los pueblos e impregnarse de lo universal:

Sobre los trasatlánticos y los rieles de los ferrocarriles, espoleadas por la penuria y agujadas por la ilusión, han circulado peregrinaciones emigratorias, vertiéndose unos pueblos en otros, imponiendo a la tradición la fecunda ley del olvido. El hecho palpitante, chorreando vida, ha suplantado al hecho histórico (...).

El periódico, el libro, el telégrafo –servidores de la inteligencia– reflejan el ímpetu propagador de las ideas.

También se hablaba del siglo de la burguesía liberal, cuyo dinero ha motorizado las mejores empresas, el comercio, la industria y la colonización de los bárbaros. El burgués aparece entonces como un tipo medio inevitable, «no siempre se puede ser héroe, y no hay, quizá, ningún hombre que no haya tenido al fin de cada día su momento de burgués, como su cuarto de hora de *badaud*» (Becher). Junto a los adelantos señalados, no dejaba de apostarse, aunque en menor proporción, al avance moral y al reinado del bien, los cuales han de cumplimentarse durante el siglo XX, cuando se abra una nueva era gracias a otras expresiones decimonónicas emergentes, como los ideales izquierdistas, el movimiento feminista, la liberación de los esclavos, la secularización de las costumbres, la independencia de América, la unificación de los Estados europeos, etc. En efecto, el siglo XX reviste para dicha concepción caracteres más fabulosos aún, en tanto última síntesis suprema que marque la hora del Amor y los desheredados, cuando el combate por la existencia sólo llegue a constituir una vergüenza antigua. En él se comprenderán definitivamente las ventajas de la paz sobre la guerra, del sistema republicano sobre las monarquías, del grave perjuicio que encierran la intolerancia y el lucro ilimitado.

Muy esquemáticamente, para la otra versión, el mundo seguía siendo un gran hospital. Por un lado, los tradicionalistas, enemigos del siglo XIX y la modernidad, consideran que el misterio, las verdades absolutas y la salvación resultan inaccesibles a la ciencia. Por otro, comienzan a perfilarse ciertas vertientes escépticas o pesimistas, como las de Schopenhauer y Nietzsche, para quienes apenas si se observan ligeros cambios en la historia y hasta el progreso representa una falsedad o una noción superficial, porque el presente no siempre supera al pasado y la decadencia puede